

—Socia (dijo un día á su amigo); esos son ya cuatro cuarteles de nobleza: concluiré por igualarme á V.

Una noche, que comía en su casa, en compañía de un periodista célebre y un actor no menos célebre, se aproximó á ella, y le dijo al oído:

—Tengo que dar á V. una buena noticia.

Había estado tan alegre, tan contento durante la comida, que Esther no dudó ni un momento que la noticia fuese buena.

Cuando se quedaron solos, á eso de las once, pasó Esther á su alcoba para buscar cigarrillos. El joven la siguió.

—¡Oh! ¡oh! (exclamó ella); penetra V. en el recinto sagrado.

—Sí (contestó él); pero pronto verá V. que no corre ningún peligro.

## IV.

**Esperanzas perdidas.**

La chimenea de la alcoba estaba encendida. Esther aproximó un sillón.

—¡Tomad asiento, si os place! Aquí, señor y dueño, estás en tu casa.

El joven se sentó, y ella se arrodilló para encenderle un cigarro.

—¡Estás encantadora, Esther! ¡Te has puesto muy bonita, picarilla!

—¿No es verdad que sí? Pues bien: á ti te lo debo todo, pues tu recuerdo es el que me ha hecho como soy.

—Cállate, seductora; yo no he hecho nada para eso. Más bien me has metamorfoseado tú á mí. Cuando yo te conocí, andaba siempre á salto de mata, y tú me has mostrado el camino del deber.

—Y bien; tu deber es amarme.

—Sabes muy bien que nosotros nos amaremos en vida y en muerte.

El secretario rodeó con un brazo el cuello de la actriz.

—¡Qué perfume tienes! ¿Qué esencia pones en tus cabellos?

—Extracto de juventud.

—Comprendo que todo el mundo esté enamorado de ti; cada vez que te toco me hechizas. ¡Ah! si....

—¡Ah! si....—repitió la joven.

M. de Ravigny suspiró.

—Nadie es dueño de su destino.

Esther, inquieta, le miró; pero él la besó en la frente, como para disipar cualquier nebulilla.

—Veamos; estoy muerta de curiosidad por saber la buena noticia.

Había recobrado todas sus ilusiones.

—Pues bien: escúchame con todo tu corazón, puesto que los dos nos amamos.

Esther, con un movimiento de coquetería, por más que no era coqueta más que en el teatro, se soltó el cabello, que inundó la mano del hombre que adoraba. Después, deslizándose como una serpiente, se colocó dulcemente sobre las rodillas del joven.

—¡Ah, qué bien me encuentro así!—dijo con abandono.

Era el momento supremo; ni se entregaba ni se defendía.

Mucho tiempo hacía que anhelaba esa felicidad, para ella desconocida, que entrega á la

mujer en cuerpo y alma al hombre amado, en el delirio del amor y del sacrificio.

Pero el joven la miró suspirando, después de estrecharla rápidamente.

—La buena noticia, mi querida Esther, es la siguiente. Sabes muy bien que mi madre es una autoritaria, mejor dicho, una déspota. Figúrate que, desde hace mucho tiempo, me tenía sentenciado á casarme con la hija de un célebre banquero, que le da cuatro millones de dote. Esas niñas no se encuentran á toda hora por la calle. Había dicho «no.» Pero al fin pensé también que para representar algún papel en la sociedad se necesita mucho dinero. Tú no eres mi solo confidente: también lo era mi prima, la que conociste en casa de la Duquesa. Pues bien: no le oculté nada. Conocía toda mi vida; le conté nuestras relaciones; me hablaba muy á menudo de ti, y yo no me hacía de rogar para decirle que la Comedianta era un ángel....

—¡Pero concluye pronto! (dijo Esther con febril acento.) ¡No tienes que decir más que una sola palabra, y no la pronuncias!

Y cada vez más insinuante, reclinó su abrazada frente sobre el pecho de M. de Ravigny.

—Pues bien, mi querida amiga; esa palabra es la siguiente: Mi madre, sabiendo que estaba enamorado....

—¡Concluye!

—Mi madre, sabiendo que estaba enamorado de mi prima Alicia, me ha dicho hoy....

Esther se había desprendido de los brazos del secretario de embajada.

—¡No acabes! (dijo): he comprendido.... comprendo tu felicidad....; vas á casarte con tu prima.... ¡Oh, qué placer me causas!

La Comedianta estuvo admirable, como nunca, al representar aquella cruel comedia de un corazón destrozado.

Lo perdía todo; pero supo mostrar un semblante tan alegre como si le hubiera dicho: *Mi madre quiere que me case contigo*. Ni la más pequeña muestra de sentimiento.

Devoró en silencio su dolor.

—Amigo mío (le dijo); haz muy dichosa á tu mujer, porque uno solo nunca es feliz.

—Es verdad, tienes razón; la felicidad es un pastel que se come entre dos.

—Sí, entre dos.

Y la pobre Esther pensaba que ella no tendría su parte de pastel. Pero conservó la alegría en su semblante, como una máscara impenetrable.

—Tenía la seguridad (dijo M. de Ravigny) de que te alegrarías; esto me complace tanto como verte aclamada en el teatro.

—Ciertamente (murmuró Esther): ¡tú me has comprendido bien; yo no soy más que una mujer de teatro!

Y volvió la cabeza para ahogar un suspiro.

—¿No me abrazas?—dijo el joven, que había tomado el sombrero para retirarse.

—¡Oh, no! Pertenece V. al matrimonio, caballero; eso es sagrado; á eso no se toca.

—Pero cuando me case, mi mujer no se ofenderá porque quiera á mis amigos y á mis amigas; la amistad pasa por todo.

Esther miró al diplomático de un modo que le sorprendió, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡La amistad! ¿Cree V. en ella?

—Sí, creo en la de V. ¡Adiós! Mañana la veré á V. en Hermione.

Después de esto, M. de Ravigny se inclinó, sonrió, y abrió la puerta.

Esther, que apenas podía sostenerse, se dejó caer en un sillón, haciéndole una última señal de despedida.

—¡Ó esto es un juego cruel.... ó ese hombre es un animal estúpido!